

que en Roma se conservan: al lado se ve el sarcófago del Cardenal Cintio Aldrobandini, el amigo de Torcuato Tasso, el que bendijo su lecho de muerte y recogió sus últimos suspiros en la celda de San Onofre. Las cadenas del Apóstol se guardan en la sacristía, en una especie de gran relicario con puertas de bronce esculpidas, de cuya triple cerradura tienen las llaves el Sumo Pontífice, el Cardenal titular, si se halla en Roma, y la comunidad de canónigos regulares de San Agustín, cuyo magnífico monasterio es anejo: el hábito de esta comunidad viste con general edificación el joven Mortara, escogido no há muchos años para tema de una gran gritería y ocasión de una cruzada contra el catolicismo.

Las puertas del relicario, donde están las cadenas, ofrecen muy curiosa labor escultural del siglo xv, una de las más bellas obras de Pollajuolo, el autor de los monumentos de Sixto IV y de Inocencio VIII en la Basílica Vaticana. Antonio Pollajuolo y su hermano Pedro, pintor también distinguido, reposan en un sepulcro de mármol en la misma Basílica Eudoxiana.

La devoción de Roma y de toda la cristiandad á las cadenas de San Pedro no se ha interrumpido ni se ha entibiado jamás: su mejor historia es la historia misma de la Basílica, que las posee. Alguna vez, en remotos tiempos, accedieron los Papas á súplicas de soberanos, grandemente beneméritos á la Santa Sede; les remitieron limaduras ó pequeñísimos fragmentos del hierro venerando. Ejemplo muy notable, y no en verdad muy repetido, es el de San Gregorio Magno, que envió á Recaredo, el fundador augusto de la unidad católica en España, una llave que contenía tan preciosa reliquia: podemos citar sus propias palabras: *Clavem parvulam à Sacratissimo B. Petri Apostoli corpore vobis pro ejus benedictione transmissimus in qua inest ferrum de catenis ejus inclusum.*

No hemos terminado la enumeración de los grandes monumentos religiosos y artísticos de San Pedro *in Vinculis*. Bajo el altar mayor están los huesos del Pontífice mártir San Saturnino, y los cuerpos de los Macabeos y de su madre valerosa, última gloria de Judáh, cristianos, puede decirse, anteriores á

Jesucristo, mártires, que preceden á los de las Catacumbas. En aquellos ámbitos y ante aquellas reliquias ha resonado la voz de San Leon el Grande, el vencedor de Atila. Los tiempos modernos á su vez se han complacido en depositar allí la obra maestra de la escultura cristiana, el *Moisés* de Miguel Ángel.

El gran artista florentino debía hacer el sarcófago del Papa Julio II con destino á la parte más conspicua y principal de la Basílica Vaticana: debajo de la cúpula había de ostentarse el gigantesco sepulcro, adornado con más de cuarenta estatuas de mármol de Carrara. Miguel Ángel dió principio á la obra, pero la obra no fué ni podía ser terminada con arreglo al primitivo plan. Muerto Julio II, su sucesor empleó á Buonarroti en otras empresas artísticas, y después de litigios y contrariedades, el sarcófago del Papa La Rovere quedó reducido á las proporciones, que hoy vemos en la iglesia de San Pedro *in Vincoli*. La estatua de Moisés correspondía al plan grandioso impuesto á Miguel Ángel: este dato es indispensable para formar juicio recto y cabal del mérito de esta obra. No se hizo para estar colocada y ser vista á flor de tierra, como hoy está y la vemos, sino para formar parte en su debida altura de una gran mole escultural, que sólo con la imaginación podemos recomponer. Hoy el monumento se achica y desaparece ante la estatua.

Las modestas observaciones, que en otro lugar hemos hecho acerca de la escultura y á propósito de Miguel Ángel, se corroboran mediante el exámen sereno y detenido del *Moisés*. Para los que llevan el fanatismo del Renacimiento á los confines del delirio, la obra es superior á todo lo que produjo el arte antiguo; para los que se empeñan en *paganizar* el genio de Buonarroti y suponerlo esclavo de la idea, no siempre feliz, de lo grandioso y de lo terrible, el *Moisés*, con su cabeza de César y su barba de Neptuno, es un libro marmóreo de anatomía, es la realización de la belleza del Olimpo. Ni los unos ni los otros están en lo justo; estos últimos ménos aún que los primeros. En la estatua sentada del legislador de Israel hay algo (¿no ha de haber?) de la manera grandiosa y colosal que formaba el fondo del pensamiento de Miguel Ángel; pero cuando un hombre, medianamente versado en la historia del pue-

blo hebreo, cerrando los libros y los ojos, evoca la memoria de aquellos tiempos de la cautividad en Egipto, de aquellos prodigios en la morada de Faraon, de aquella mision conferida por Dios al *sacado de las aguas*, las escenas del desierto, las rebeliones del pueblo, la ley del Sinay, la prevaricacion, el castigo, la serie, en fin, de acontecimientos, que preceden á la entrada de los israelitas en la tierra prometida; cuando se recorre la historia de Moisés desde aquellos dias en que guardaba los ganados de *Yetroh*, y oia desde la zarza la voz del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, hasta aquel otro dia en que, llamado por la misma voz á lo alto de la montaña, vió las regiones suspiradas, que su pié no habia de hollar, se concibe perfectamente que Miguel Ángel, espíritu fecundo, soberana imaginacion, apoderándose á la vez misma del jóven, que venga en el egipcio la muerte dada al hebreo, del hombre escogido por Dios para libertador y caudillo de su pueblo, del legislador profundo, del profeta, del amigo de aquel Yowoah, que fulmina en Sinay, produjese un retrato de Moisés, que parece exagerado á los que medimos la condicion humana por los flacos ejemplares y con la pobre medida de los tiempos presentes. Miguel Ángel meditó mucho, sin duda, despues de leer repetidas veces las páginas inspiradas del *Pentateuco*, del *Exodo* sobre todo: quizá conocia los originales hebreos: la creacion y el Juicio final de la capilla Sixtina nos indujeron á esta conjetura; el *Moisés* nos hace insistir en ella: la fuerza particular que algunas frases y palabras tienen en la lengua en que Moisés, divinamente inspirado, escribió su propia historia y trazó su propio retrato, parece que se descubre en los rasgos de aquella figura, que de cierto no hubieran imaginado ni Praxitéles ni Fídias al reproducir á su Licurgo ó su Solon. Miguel Ángel no ha cogido con preferencia el carácter de legislador, ni el de caudillo, ni el de profeta, se ha propuesto condensarlos todos, y presentar la figura de un hombre superior, en quien resplandecen la fe, la majestad y la sabiduría, sobre un fondo visible de tristeza por la ingratitude de la generacion, que le acompaña, y el destino infeliz de las generaciones futuras; podemos, pues, afirmar, traduciendo libremente á un poeta italiano:

Este es Mosé cuando del monte baja,  
Y la luz del Señor brilla en su frente.

El *Moisés* de Miguel Ángel está, y es de presumir que esté por mucho tiempo, en posesion del primer puesto en la escultura moderna. Los que tachan al autor de haber obedecido acaso á reminiscencias olímpicas y paganas, deberian demostrar que hay alguna estatua griega ó romana que penetre mejor y con más fortuna en el mundo de los sentimientos y de las ideas, y que con más propiedad corresponda al carácter real, histórico, filosófico y religioso del personaje representado. Los que motejan de excesivas sus proporciones y de exagerada su *grandiosidad*, no debieran olvidar que esta singular estatua fué hecha para estar colocada á la altura de algunos metros, en una masa gigantesca de mármoles entre muchas otras estatuas de patriarcas y profetas. El *Moisés* habia de ser una de las cuatro figuras angulares del colosal mausoleo de Julio II, proyectado por Miguel Ángel: hoy es única de su magnitud y mérito en aquel modesto sepulcro, que sólo contiene la memoria, no los huesos, del Pontífice, que lo imaginó: otras tres estatuas habia casi terminado Buonarrota para el mismo sepulcro; una de las Victorias, que se conserva en el Palacio Viejo de Florencia, y los dos admirables cautivos, que posee el museo del Louvre.

## VI.

A tres regiones de la Roma de Augusto alcanzaban las alturas y los valles del Esquilino: la tercera (*Isis et Serapis*) comprendia casi todo el Esquilino Oppio; la cuarta (*templum Pacis*) abarcaba una punta del Esquilino Oppio y la llanura que se extendia hasta el Palatino; de la quinta region (*Esquilina*) eran todo el Esquilino Cispio, una gran parte del Viminal, y las vertientes de estas dos colinas por el lado de Levante. Así se concibe que fueran tan numerosos los monumentos

que cubrieron el Esquilino, el más alto y el más extenso en superficie de los siete montes de Roma.

¡Cuán poco ha quedado de tantas y tan magníficas construcciones! El septizonio Esquilino y el pórtico de Claudio tan sólo viven ya en la carta marmórea del Capitolio y en los versos de Marcial. Los alojamientos de los marineros de Misena, cuyo destino era correr y recorrer el gran toldo del Anfiteatro, las termas de Filippo y el pórtico de Livia, que otros dicen de Livio, no son ya más que estéril argumento de disquisiciones arqueológicas. Del templo de Diana, cerca del cual estuvieron las casas de Virgilio y de Propercio y de la fuente de Orfeo, junto á la casa de Plinio, adonde Marcial encaminaba su libro, ni un arco roto ni una inscripción medio borrada han perdonado los siglos. El templo de Minerva Médica sobrevive oscuramente en unas ruinas, que son más bien un problema que no acaba de resolver el álgebra de los anticuarios. Tratándose de obras antiguas, tan sólo es rica de acueductos la elevada region del Esquilino: el tiempo no ha podido destruir totalmente las magníficas obras construidas muchos siglos hace para traer á Roma, encauzadas en rios caudalosos, las aguas Marcia y Tépula y Julia y Claudia; region extensa y abundante de agua, no es mucho que ostentára jardines tan deliciosos como los de Mecénas y los Licinianos y los de Cn. Virgilio Epafrodito y los de Pallante y los del circo Vaciano ó de Eliogábalos. ¿Qué ha sido de tan regaladas mansiones del lujo y de la riqueza? Hoy sólo ofrecen campos desiertos y escombros calcinados.

Del vico patricio y de las termas de Novato, muchos siglos há que tomó posesion, ya lo hemos dicho, la iglesia de Santa Pudenciana; de las termas de Olimpías, la de San Lorenzo, donde estuvieron el bosque y el templo de Diana, en que, al decir de Plutarco, no era lícito á los hombres entrar, y donde se alzaba el templo de Juno Lucina, hoy se ve alguna que otra modesta iglesia, algun que otro convento silencioso de pobres monjas: en el antiguo Macelo de Livio se asienta sobre la cumbre más elevada del Esquilino Santa María la Mayor. Al palacio Liciniano, en la calle, que partiendo de los llamados

trofeos de Mario, sigue hasta la puerta de San Lorenzo, ha reemplazado la iglesia de Santa Bibiana, que guarda una singular urna de alabastro oriental, en que reposan los cuerpos de la Santa titular, de Santa Demetria, su hermana, y de Santa Dafrosa, su madre; y ostenta aún las columnas de granito rojo y de mármol griego, que sostuvieron la fábrica primitiva construida en el siglo vi: la estatua de la Santa es una de las mejores obras de Bernini. Junto á la misma calle de los Trofeos está la iglesia de San Eusebio, erigida en el siglo v, sobre la casa misma en que el Santo habitó y fué martirizado, y restaurada por el Cardenal Enriquez en 1750: tiene de notable la gran pintura al fresco de la bóveda, una de las más insignes obras de Mengs, que en Roma se conservan. Enfrente, cerca de la actual modesta iglesia de San Julian, fijan los anticuarios el sitio de la puerta Esquilina, una de las seis de la parte oriental del recinto de Servio Tulio.

En la punta septentrional del Esquilino tiene su antigua iglesia San Antonio Abad, que tal vez ha heredado de la Basílica Liciniana el antiquísimo mosaico, que representa un tigre que hace presa en un toro. En frente de esta iglesia, un monumento de piedra ha recordado á las generaciones de tres siglos la absolucion concedida por Clemente VIII á Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, en el año 1595.

Junto al arco de Galieno, la obra del imperio mejor conservada del Esquilino, en la llanura, que une las cumbres *Oppia* y *Cispia*, hay una iglesia de San Vito y Modesto, que hasta el siglo ix se llamó de San Vito *in Macello*, por haber sido aquel lugar teatro de innumerables martirios, campo predilecto de la caridad de las santas hermanas Práxedes y Pudenciana, que en esta region han dejado más plácida memoria que los Licinios y los Pallantes y los Eliogábalos.

Al despedirnos de esta colina para visitar la inmediata, pasamos por otra iglesia, que á pocas cede en Roma en importancia histórica: su titular es San Martin, y su origen alcanza á la época de Constantino; sus cimientos son una parte de las termas de Tito, que tambien se llaman, sabe Dios si con razon, *Domicianas* y *Trajanas*: aquel predio correspondia en el

siglo iv á un presbítero, de nombre Equicio, y quien lo cedió á San Silvestre para edificar un oratorio subterráneo en honor de la Virgen, ántes de la conversion de Constantino. Verificado este gran suceso, trasladado el Pontífice desde el monte Soractes á la ciudad, el oratorio fué ya iglesia abierta al culto público, y en ella se celebraron, bajo el Pontificado de San Silvestre, dos concilios, al primero de los cuales concurrieron doscientos ochenta y cuatro obispos, y al segundo doscientos treinta, con asistencia tambien de Constantino: este venerable recinto, sepultado por espacio de siglos en el fondo de la tierra, fué descubierto á mediados del xvii: hoy son dos las iglesias, que se comprenden en la denominacion de San Martin y San Silvestre: la superior, formada por tres naves de columnas antiguas y rica de mármoles y de pinturas (son muy de notar los frescos de Poussin), guarda las reliquias de ambos santos; la inferior ó subterránea ofrece un curioso mosaico de los primeros siglos, y el respaldo en piedra de la silla pontifical de San Silvestre. El Santo Pontífice recibe culto en el lugar mismo en que hace mil seiscientos años invocaba á la Virgen con el título escrito en el mosaico de *gaudium christianorum*. La impresion que produce este oratorio subterráneo, donde se arrodillaron los fieles del siglo iv y tuvieron asiento Constantino y Santa Elena, en medio de una asamblea de Obispos, no se parece en nada á la que producen las otras cámaras de las mismas termas, donde la vista busca afanosa los últimos vestigios de los arabescos, que allí trazó la mano del artista: en el oratorio, los ojos corporales tienen poco en que deleitarse; la arqueología halla algo que describir; la razon tiene mucho que aprender; la fe descubre espacios infinitos por donde volar.

## EL MONTE CELIO.

TRADICION. — HISTORIA. — MONUMENTOS.

### I.

El monte Celio formó una region importante, la primera de las cuatro en que se dividia la ciudad durante los siglos, que median desde Servio Tulio hasta Augusto; y la segunda de las catorce en que el fundador del imperio distribuyó la vastísima extension de su capital: region *Suburana* en los tiempos de los reyes y de los cónsules, region *Cælimontana* en la época de los emperadores, esta irregular colina, la más triste y deshabitada de la Roma moderna, figura en la historia de la Roma antigua como teatro de importantes acontecimientos, y vióse un dia coronada por templos insignes, pórticos bellos y casas deslumbradoras.

Antes de ser region de Roma, fué selva de encinas; *Mons quæretulanus*: éste era su nombre, hasta que en la guerra de Rómulo con Tacio, segun pretenden unos eruditos, ó en tiempo de Tarquino el Viejo, segun afirman otros, tomó posicion y posesion en aquella altura cierto caudillo etrusco, denominado Celes Vivenna, y el monte empezó á llamarse Celio. En ésta, como en todas las otras colinas, ántes que historia hubo fábula; ántes que edificios bosque; y áun pudiera decirse que el Celio excede á todos los otros lugares clásicos de la ciudad